

vor angélico. Nunca bebía vino ni otro licor que pudiese embriagarle, y no solo observaba estas reglas del Nazareato de que había hecho voto, sino que jamás se bañaba, ni comía otra cosa que legumbres, ni vestía mas tela que de lino en todas las estaciones del año.

Le saludaron con las mayores muestras de veneración cuando se presentó en la asamblea, y le preguntaron qué era lo que debía creerse acerca de la doctrina de Jesús. Santiago respondió con un celo que convenció á muchos corazones rectos y que estaban mezclados entre los estrangeros que habían concurrido á la Pascua. No apetecían esto los escribas, fariseos, y especialmente los saduceos, y comenzaron al instante á gritar en tumulto que la antigua religión iba á ser destruida. Arrebatados de un celo aparente, rodean todos al santo confesor y le dicen: «es preciso que ahora mismo saques de su error á ese pueblo inmenso que cree que Jesús puede ser el Cristo prometido; y pues te llaman el Justo por antonomasia y todos tienen en tí tanta confianza, sube á lo alto de este templo para que todos puedan verte y oír el testimonio que des de la verdad.»

Condujéronle al instante á la galería contigua al templo, y le gritaron desde abajo con un respeto fingido: «hombre justo, decidnos lo que debemos creer de Jesucristo crucificado.» No podía ser mas ilustre la confesión, y el celo del Apóstol sacó de ella toda la ventaja que la ocasion le presentaba. «¿Por qué me preguntáis, les respondió en voz alta, por qué me preguntáis lo que se debe creer de Jesucristo, Hijo de Dios y al mismo tiempo Hijo del Hombre? En vano afectáis poner en duda mi fé en este verdadero Redentor: yo os declaro que está en los cielos sentado á la diestra del Todopoderoso, de donde vendrá á juzgar todo el universo.» Creyeron entonces muchos de corazón sen-

cillo, y empezaron á esclamar: *gloria al hijo de David*; pero los sectarios confusos y desanimados dijeron entre sí: «Nosotros tenemos la culpa de vernos ahora en este apuro. Subamos pronto y arrojemos al Justo á vista de la multitud, para que el terror impida que se propague la seducción;» y luego exclamaron: «el Justo mismo ha errado; cumplamos la profecía de Isaías, y matemos á este Justo pernicioso.» Al instante subieron al sitio donde estaba el Apóstol y le arrojaron desde aquella eminencia.

No habiendo muerto el Santo, se levantó y despues se puso de rodillas, y á imitación de Jesucristo por quien moría, dijo: *Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen*. No por esto se aplacaron sus enemigos; antes bien por orden del pontífice y de sus secuaces tiraron al santo obispo una nube de piedras. Entonces un hombre de la raza de los recabitas, antiguos prosélitos agregados al pueblo de Dios á quien edificaban con su vida retirada y su constancia religiosa en seguir las costumbres de sus padres, exclamó: «¿Qué haceis, israelitas ingratos y desconocidos? ¿No oís al Justo que ora por sus verdugos?» Mas nada era suficiente á contener su furor. Por último, un batanero acabó de matarle descargándole en la cabeza grandes golpes con su maza. En aquel mismo lugar fué sepultado el cuerpo del Mártir, y poco despues se le alzó allí un monumento que, segun el historiador Eusebio, duró hasta mucho despues de la destruccion del templo de Jerusalem. Con el Apóstol perdieron la vida muchos fieles, y por la misma causa, es decir, por ser cristianos, aunque sus verdugos alegaban siempre el pretexto de que despreciaban la ley de los judíos.

Para saciar sin obstáculo su despecho sanguinario, se aprovechaba el pontífice de la vacante del gobierno; pero miraban con indignación aquellas violencias los ciudada-

nos pacíficos, y á esto achacaron, como también el historiador Josefo, los horrores del sitio de Jerusalem y todas las calamidades que no tardaron en sufrir. Muchos de ellos salieron al encuentro del gobernador Albino, que hacia su viaje por Alejandria, y se quejaron altamente del pontífice. Escribióle Albino una carta muy severa, llena de terribles amenazas; y el rey Agripa, contribuyendo por su parte á las miras del gobernador, despojó ignominiosamente de su dignidad á Anano á los tres meses de pontificado, en virtud de la autoridad que sobre el templo habían concedido á este príncipe los emperadores.

Santiago de Jerusalem había escrito una Epístola dirigida á los fieles convertidos de las tribus de Israel y esparcidos por todo el mundo, por lo que se llama católica ó universal (a). En su tiempo había nacido un error contra la necesidad de las buenas obras, error que se apoyaba en algunos pasajes mal comprendidos de San Pablo, de los que abusaban, como lo notó también el Príncipe de los Apóstoles además del hermano del Señor. Compuso Santiago su Epístola para combatir este principio de relajación y de corrupción, y por eso insiste principalmente sobre este artículo. También nos dá en ella la idea mas exacta que en la Escritura tenemos del Sacramento de la Estremanación; y ved aquí el motivo por qué los sacramentarios y todos los que enseñan que la fé sola nos salva sin las buenas obras, no pudiendo sostener su herética doctrina á vista de que el Espíritu Santo los condena tan terminantemente en este escrito divino, le arrancaron desde luego del catálogo de los libros canónicos, aunque la fuerza de la verdad ha obligado despues á muchos á reponerle. Es verdad que hubo un tiempo en

que se dudó si esta Epístola era de Santiago el Menor, como se ve por Eusebio, el cual creía que aunque con el nombre de este Apóstol no era de él, sino de otro escritor, si bien el mismo Eusebio confiesa que ya entonces estaba recibida en la mayor parte de las iglesias. A fines del siglo iv tenía ya una autoridad universal, y todos los santos Doctores de este siglo y los siguientes la citan con el respeto que se merecen los libros canónicos y que solo la duda que hubo acerca del autor impidió se le tributase con esa generalidad desde el principio.

Lo mismo sucedió con la Epístola de San Judas, hermano de Santiago, dirigida á todos los fieles y escrita algun tiempo despues (a) contra los mismos errores que nuevos sectarios iban propagando; es decir, contra los perversos dogmas de los nicolaitas, simonianos y gnósticos, los cuales hacían consistir todo el mérito del hombre en una fé muerta é infructuosa, que decían ser bastante. Es verdad que algunos antiguos dudaron de esta Epístola, porque cita el libro de Henóc, y porque no advertían que á mas de los escritos que se atribuían falsamente á este Profeta, podía haber otros que realmente fuesen suyos. Esta es la reflexión que hace San Agustín, el cual, de esta cita del Apóstol deduce también que no hay duda que Henóc compuso por inspiración divina un libro que no ha llegado á nuestros tiempos. Fueron pues generalmente reconocidas por canónicas antes de finar el siglo iv, tanto la Epístola de San Judas como la de su hermano el Apóstol Santiago.

Estos dos Apóstoles tenían otro hermano llamado Simeon, muy parecido á ellos en su virtud, y como ellos pariente muy cer-

(a) Aunque no se sabe con toda certeza su fecha, parece indudable que fué escrita despues de la segunda de San Pedro, y por consiguiente que no lo fué antes del año 66. (N. del E.)

(a) Esta carta parece la escribió el Santo poco antes de padecer el martirio. (N. del E.)

cano de Jesucristo. Así que, después de la muerte de Santiago, fué nombrado en su lugar obispo de Jerusalem por voto unánime de los Apóstoles y discípulos que entonces pudieron reunirse. La constante paciencia de aquellos cristianos piadosos que vivían entre sus enemigos cual ovejas entre lobos, triunfó de la violenta perfidia de los fariseos y saduceos, que no pudieron evitar que el ministerio episcopal se perpetuase aun en su misma capital.

Por otra parte, no solo conservaba su autoridad y crédito con los judíos de Roma el Apóstol de las naciones, sino que también la fama de su nombre llegó hasta la corte misma de Neron, y formó verdaderos fieles entre los cortesanos del mas vicioso de los Césares. Considerada con fé viva su calidad de prisionero, inspirábasele respeto, docilidad y espíritu caritativo. Esto es lo que refiere San Pablo en su carta á los cristianos de Filipos en Macedonia, los cuales le tenían dadas las mayores pruebas de amor y luego que supieron se hallaba en las prisiones de Roma, le enviaron por mano de Epafródito, su obispo, socorros dignos de su generosidad. Mas habiendo caído gravemente enfermo Epafródito en Roma, y puesto en zozobra á su grey con esta novedad, le previno el Apóstol regresase á Filipos, luego que recobró salud, dándole una carta para los habitantes de esa ciudad.

Dirigió esta carta á los fieles, á los sacerdotes y á los diáconos, así de su parte como de la de su discípulo Timoteo que le acompañaba en Roma (a). Después de darles noticia de los progresos que hacia el cristianismo en la ciudad, y aun en el mis-

(a) Opinase comunmente que esta carta fué escrita el año 62 de Jesucristo y 8 del imperio de Neron.

mo palacio imperial, les amonesta que guarden de la seducción de los falsos apóstoles, enemigos de la Cruz de Jesucristo. Así llama á los judíos obstinados y á los hereges, como Simon Mago, y acaso al apóstata Cerinto que enseñaba que Cristo habia sido crucificado solamente en apariencia; por eso en esta elocuente carta sube de punto la magestad con que ensalza el misterio de la cruz. Al fin de ella da de nuevo gracias á los filipenses por sus piadosas limosnas, pero con aquella noble elevación de un alma que solo tiene en mucho el beneficio por el provecho espiritual que recibe el bienhechor. Lo que en boca de otro hubiera parecido una frase ingeniosa, no pareció en el Apóstol sino una espresion ingénuo y sincera, pues ya se le habia visto tantas veces usar de todo sin apego y carecer de ello sin pesar, ó como él mismo se espresa en otra parte, llevar con igual ánimo la escasez que la abundancia, la penuria que la comodidad. En esta carta á los de Filipos es donde por primera vez se hace mención de la virtud de San Clemente, de su adhesión á la persona y doctrina del Apóstol, y de todas las grandes cualidades que después elevaron este discípulo insigne á la Silla Apostólica.

Una de las mas brillantes acciones de San Pablo en su cautiverio, fué la conversión de Onesimo, el cual, de esclavo fugitivo y ladrón que habia sido, llegó á ser uno de los mas dignos siervos de Jesucristo. Era su amo un ciudadano de Colosas en Frigia llamado Filemon, cristiano distinguido que habia hecho de su casa un templo, y que poco después, y en el mismo reinado de Neron, coronó su piadosa caridad con el martirio. San Pablo en su cautividad se sirvió útilmente de este esclavo arrepentido, cuyos talentos eran muy superiores á su estracción, y después le envió en compañía de Tiquico, mediador hábil y de confianza, á quien dió una carta para el amo

de Onésimo y otra para la iglesia de Colosas. La carta á Filemon, aunque sucinta, es una obra maestra de esa elocuencia que solo nace del corazón, y no es extraño que produjese todo su efecto. El amo no solo perdonó al esclavo, sino que también le envió libre al Santo Apóstol, quien cultivó con el mayor cuidado sus buenas disposiciones y logró que llegase á ser uno de los mas distinguidos ornamentos de la Iglesia.

En la Epístola á los colosenses (a) insiste S. Pablo con tanta entereza como dignidad sobre las grandezas de Jesucristo; porque en Colosas se hallaban algunos falsos doctores que rendían homenaje supersticioso á los ángeles, haciéndolos mediadores nuestros con Dios de una manera injuriosa al Redentor. Estos infestadores de la doctrina del Evangelio parece eran, ó discípulos de Simon Mago, ó cristianos filósofos que seguían aferrados en los sueños de Platon, mezclándolos monstruosamente con nuestros misterios. Por esto el Apóstol se esfuerza por inspirar á sus lectores el espíritu de la verdadera piedad, que tanto dista de un miedo bajo y servil como de una observancia vana é infructuosa. Les da en el capítulo tercero un excelente epitome de la vida cristiana, y tributa los mayores elogios á su obispo Epafras que se hallaba preso con él en Roma, aunque no nos dice el motivo de tal detención. El amor y aprecio de S. Pablo para con este obispo no podía menos de aumentar el afecto é interés de Epafras para con la iglesia de Colosas y las de Jerápolis y Laodicea, capital de la provincia, habiendo sido Epafras el primero que predicara el Evangelio á los colosenses sus compatriotas, y verosimilmente á los de Jerápolis y Laodicea,

(a) Estas dos cartas las escribió S. Pablo durante su prision; por consiguiente hácia el año 62.

que estaban muy cercanos á Colosas. Juan Marcos, aquel pariente de San Bernabé, de quien San Pablo estuvo poco satisfecho en los principios, se halla entre los discípulos que menciona el Apóstol en esta carta; mas este jóven adquirió con el tiempo el espíritu de sus insignes maestros, y se dedicó con tanto esfuerzo y constancia al ministerio evangélico que le vemos ahora entre los tres principales colaboradores del Apóstol de las gentes.

Es muy probable también que la carta á los efesios se escribió desde Roma en esta misma época, y fué remitida igualmente por mano del discípulo Tiquico, que pasaria por Éfeso, pues era el camino ordinario para ir á Colosas. Tiquico no iba como simple mensajero, sino mas bien como encargado del Apóstol para visitar y examinar el estado de las iglesias, y aun de resolver interinamente en las cosas que no admitiesen dilación. Tal es la antigüedad del derecho y costumbre de las visitas episcopales hechas por delegados. Las lecciones que da el Apóstol á las dos iglesias de Éfeso y Colosas son uniformes en la sustancia, como que ambas iglesias estaban muy cercanas y tenían casi las mismas costumbres y necesidades. Comprende sin embargo un punto muy interesante la carta á los efesios: que no se lee en la otra, y es el del matrimonio erigido en sacramento. Dice aquí el sagrado escritor cuanto hay de mas notable y espresivo en favor de los enlaces de la ley nueva, comparándolos á la union de Jesucristo con su Iglesia.

También escribió desde Roma su carta á los hebreos, ó sea á los judíos convertidos residentes en Palestina á fin de precaverlos y fortalecerlos, contra los engaños y vejaciones de los demas judíos. La caridad de San Pablo, que no tenía límites, abraza á todos los pueblos, aunque su misión se dirigia especialmente á los gentiles.

Esforzose finalmente en purificar la fé de los cristianos circuncisos, como tambien en persuadirles que toda la ley de Moisés solo fué una figura cuya realidad estaba en el cristianismo. En esta carta, lo mismo que en la que dirigió á los gálatas, se estiende especialmente en probar que la verdadera justicia no viene de la ley; mas á los fieles de Galacia les muestra particularmente la inutilidad de las ceremonias y de la circuncision, y á los hebreos la de los sacrificios antiguos y figurativos. Establece para esto la virtud sobreabundante del inefable sacrificio del Verbo Encarnado y elevada superioridad de su sacerdocio, por lo cual el de Aaron y sus multiplicados sacrificios caian por sí mismos, pues ya no tenian efecto alguno que producir. El Apóstol se manifiesta en toda esta carta inflamado de un celo ardiente y de una especie de pasion por la gloria del Redentor y de su gracia; y no quiso poner su nombre al principio, como en todas las demas cartas, para no retraer de su lectura á muchos israelitas que, aunque convertidos, tenian aversion á su persona. En el estilo se nota tambien variedad, aunque no en la fuerza y nobleza de los pensamientos. Se persuadieron algunos antiguos que el Apóstol no habia compuesto por sí mismo ni dictado palabra por palabra la carta á los hebreos, sino que habiéndola escrito por su orden uno de sus discipulos, la examinó y adoptó; y otros opinan que el autor la compuso en siríaco, y que un discípulo la vertió y publicó en griego (a);

(a) Háse disputado por mucho tiempo acerca del verdadero autor de esta carta y si debia ó no ser antierada entre los libros sagrados; pero aun dado que no fuera admitida desde el principio por todas las iglesias en el canon de las divinas Escrituras, ni reconocido Pablo universalmente por su autor, es constante que los mas célebres Padres griegos y latinos la tuvieron por obra del Apóstol y divinamente inspirada, y no dudaron en citar su autoridad contra los hereges de todos tiempos, por mas que estos la deseaban por apócrifa á consecuencia de que proscribieron la mayor parte de sus errores. Clemente

pretenden tambien algunos que el estilo de los Hechos de los Apóstoles y el de esta carta son muy parecidos; por lo menos es incierto si el original se escribió en lengua griega ó hebrea.

Poco tiempo permaneció San Lucas con su maestro despues de publicada esta obra, aunque volvieron á reunirse mas adelante; y este es el motivo por que dicha historia de los Hechos no llega al tiempo en que San Pablo logró su libertad, al cabo de dos años de prision en Roma; ni existe monumento alguno que nos diga con seguridad cómo sucedió esto, ni qué hizo el Apóstol despues que quedó libre. Habia concebido el designio de pasar á España, como lo dice en la carta á los romanos escrita cinco años antes pero (a); en las cartas que escribió

Aleandrino opina fué traducida al griego por San Lucas; y otros Padres creen lo fué por San Clemente romano. (N. del E.)

(a) Aquí nuestro autor parece poner en duda la venida de San Pablo á España, ya que es imposible pueda ponerse en duda que San Pablo se propusiese venir á ella, puesto que lo dice espresamente en su Epístola á los romanos. Tambien el Rohrbacher (de cuya historia está haciendo su autor segunda edicion en París) mira como un problema la venida del Apóstol á nuestra patria, si bien pocas páginas despues y á pesar de no haber hablado de la venida de ningún Apóstol ni discípulo suyo á nuestra patria, reconoce que en la persecucion de Neron padecieron ya muchos fieles el martirio en nuestra España, y cita al efecto la inscripcion que copiamos mas adelante. Pero ¿es tan problemática como supone Rohrbacher la venida de San Pablo? ¿Es tan dudosa como parece suponerla Berault? Veamos los fundamentos en que esta tradicion se apoya, y no podrá menos de reconocerse su solidez.

En primer lugar, y como principal fundamento de ella, juzgamos oportuno referir los dos pasajes de la Epístola de San Pablo á los romanos, en la que por dos veces les manifiesta su resolucion de pasar á España: "Cuando emprendo, dice en el vers. 24, mi viaje á España, espero veros al paso y ser conducido por vosotros allá;" y en el vers. 28 vuelve á decir: "Cumplido este encargo dirigire por esa mi viaje á España." No cabe pues duda en que San Pablo estaba resuelto á venir á España; pero ¿llevó á cabo este viaje? Hé aqui las pruebas de que efectivamente le hizo. — El primer monumento que de ello tenemos es la carta que su discípulo San Clemente escribió á los de Corinto; pues en ella dice que el Apóstol llegó al término ó último estremo del Occidente, que literalmente es España, reconocida por tal de todos los geógrafos; habiendo entendido tambien en este sentido dicha cláusula Fleury (lib. 2, núm. 34), Ernesto Grave so-

despues en Roma, solo manifiesta un vivo deseo de visitar á los fieles de Levante, sin decir nada acerca de seguir sus viages al Occidente; y es factible que enviase á estas regiones á algunos de sus mas aventajados discipulos, esto es, á Trofimo á los pueblos de Arles en los Galias, á Crescen-

bre San Ireneo (lib. I, cap. 3) y otros críticos modernos.—San Hipólito, discípulo de Clemente Alejandrino, que floreció á principios del siglo III, refiere en el opúsculo de los doce Apóstoles (Biblioth. PP., tom. III) que empezando San Pablo á predicar desde Jerusalem llegó hasta España. San Epifanio (Har. 27), dice: Pablo pasó á España. San Juan Crisóstomo (In Math. tom. 27); habiendo pasado (San Pablo) desde Roma á España y enseñado el Evangelio á los españoles, le volvió y fué degollado. San Gerónimo (in cap. II Isaiæ): fué á España en naves de estrangeros. San Gregorio (lib. XXXI. Mor. cap. 22): caminando San Pablo ya á Judea, ya... á Roma, ya á las Españas, para anunciar la gracia... bien mostraba ser águila.—A vista, pues, de estos testimonios tan terminantes no podrá menos de reconocerse la tradicion de la venida de San Pablo á nuestra patria, pues esa tradicion se ve así autorizada desde el siglo I hasta principios del VII en que vivia San Gregorio Magno. Desde fines del VI continúa ademas esa misma tradicion por San Isidoro en su obra de *Ortu et obitu Patrum* (cap. 69); en el venerable Beda (in Martirolog. die 22 mart.); en el Metafraste (ap. *Surius*, 30 junii); en Adon Vienense (in *Chron.* an. 59); en Teofilacto (ad *Hebreos in proem.*); en San Anselmo (ad *Rom.* XV); y en Santo Tomás (ad *Gal.* c. 2, lect. I in med.).—D. Lucas de Tuy tambien se inclina al mismo dictámen. En el siglo XI tenemos un ilustre testimonio de don Fernando I en un privilegio que conserva original la Iglesia de Palencia y refiere Pulgar (Hist. de Pal. t. 2, pág. 66), el cual dice así: *Ego Ferdinandus... etiam post Apostolorum Jacobi et comitum ejus, ac Doctoris gentium luculentissimam catholici dogmatis in totis Hispaniæ finibus assertionem.* Este privilegio fué concedido el 26 de diciembre de la era 1097 (año 1059). Sobre este punto pueden verse el Breviario antiguo de Toledo, usado despues del Muzárabe, desde el siglo XI hasta S. Pio V; el de las iglesias de Huesca y Jaca; y el Martirologio hispano en el dia 30 de junio donde está espresa la venida de S. Pablo á España. Baronio (in Martirolog. 22 mart.) decidiéndose por la venida del Apóstol á nuestra patria, cita en su apoyo, no solo todos los martirologios sino tambien los PP. griegos y latinos. A estas citas de los martirologios y PP. añade Natal Alejandro la del Menologio de los griegos que en 23 de setiembre propone á Santa Xantipa, muger de Probo, prefecto, ó segun otros, príncipe ó magnate, de España, y á Polixena, hermana de Xantipa, convertidos todos tres á la fé por la predicacion de S. Pablo en nuestra patria, á cuyo ejemplo es muy verosimil se convirtieran otros muchos. Metafraste, refiriendo el suceso de Xantipa, supone la conversion de Filoteo, prefecto de la Bética y de todos los de aquella provincia. Tambien el martirologio romano hace conmemoracion de estas santas, reduciéndolas al tiempo de

cio á los de Viena y á Sergio Paulo á Narbona. Aunque la historia individual de los trabajos y acciones de estos fundadores de nuestras primitivas iglesias no sea tan evidente cual se deseara, á lo menos la realidad de su mision está apoyada en sólidas pruebas; y en general podemos afirmar que el Evangelio se introdujo en las Galias en tiempo de los Apóstoles, y que se esparció con mucha rapidez antes del establecimiento formal de algunas iglesias de

los Apóstoles y fijando su conversion en España.—En las actas de San Facundo y Primitivo, naturales y vecinos de Orense, leemos que preguntados *de quién habian aprendido la Religion cristiana?* confiesan espresamente que el Apóstol San Pablo les habia enseñado. En cuanto á las conversiones de que acabamos de hablar, aunque Escolano dice que la de Xantipa se efectuó en Viana de Galicia, los modernos convienen en que se verificó en Ecija, Andalucia, de lo cual se conserva allí tradicion inmemorial. Así, pues, es de creer que San Pablo honró con su presencia las diferentes provincias de España, porque son muchos los pueblos donde se conservan vestigios de su predicacion y apenas hay ciudad populosa que no tenga templo de San Pablo, habiéndonos tambien el Santo favorecido con muchas prendas suyas que se ven en el monasterio del Escorial, en el de Sisla de Toledo, y en otras varias partes.

Fleury, Calmet, el cardenal Gotti y otros muchos historiadores convienen tambien en que San Pablo vino á España. Ni se oponen á esto las autoridades que se alegan de San Gelasio y de Santo Tomás, pues estos Santos no niegan absolutamente esa venida, solo dicen que no vino cuando prometió; pero no se refiere de aquí que no pudiera venir en otra ocasion. Tampoco San Inocencio la niega, pues no es su intencion hablar de los Apóstoles, sino únicamente de los ritos eclesiásticos de las iglesias del Occidente que recibieron de San Pedro y sus sucesores.

Supuesta la venida de San Pablo á nuestros reinos, es consiguiente la fundacion de alguna iglesia; pues la costumbre de los Apóstoles era predicar y ordenar luego ministros en las provincias donde anunciaban el Evangelio. En las iglesias de Tortosa y Tarragona se conservan aun señales de la venida del Apóstol. La primera celebra desde inmemorial y sin contradiccion alguna la fiesta de San Rufo como primer obispo suyo puesto en aquella silla por el Santo Apóstol; y la segunda solemniza la memoria de Sergio Paulo Narbonense, refiriendo en su Oficio que predicó en aquella ciudad cuando vino á España con San Pablo. Sobre este punto puede verse á Morales y á los autores que cita.

Acerca del tiempo en que el Apóstol hizo su venida, se nota alguna variedad en los autores modernos. Calmet en su Diccionario dice que San Pablo estuvo en Roma desde el año 61 al 63, y que cuando se vió libre de la prision de Neron, pasó á España. Por último, que viniera por mar lo dá á entender claramente San Gerónimo cuando segun ya hemos visto dice que vió no embarcado en naves de estrangeros. (N. del E.)